

Trazos

MARIMAR HUGUET-JEREZ

[...] *pues sé
que toda esta vida es sueño,
idos, sombras que fingís
hoy a mis sentidos muertos
cuerpo y voz, siendo verdad
que ni tenéis voz ni cuerpo.*

(*La vida es sueño*, Pedro Calderón de la Barca)

Lo había intuido muchas otras veces. El mundo, aunque sonara egocéntrico para los más simplistas, giraba por y para él. Las cosas, las acciones, los movimientos, la gente, su familia, su gato, los árboles de la calle, las aceras... Lo más simple... Todo estaba ahí por él, una farsa creada específicamente para él. Una especie de *Truman Show* en el que todos los que le rodeaban simplemente hacían un determinado papel. Sus padres,

Marimar Huguet es licenciada en Filología Inglesa por la Universidad Complutense de Madrid, Máster en Literatura Peninsular y Latinoamericana, doctorada en Literatura Peninsular y profesora de Lengua, Literatura y Cultura españolas en la universidad The College of New Jersey, Ewing, New Jersey (USA). Ha publicado artículos sobre Teatro Contemporáneo español (Itziar Pascual, Yolanda Pallín, Sergi Belbel, Pablo Ley) y Jorge Luis Borges, al igual que entrevistas y ficción. Sus trabajos se han publicado en *Estreno, Anales de la Literatura Española Contemporánea, Letras Peninsulares, Lingüística y Literatura* (de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia), *Ars Theatrica Contemporánea: Stichomythia. Revista de estudios sobre el teatro contemporáneo* (del Departamento de Filología española de la Universitat de València), *Grafemas y Letras Femeninas*.

Huguet-Jerez, M. "Trazos". *Camino Real. Estudios de las Hispanidades Norteamericanas*. Alcalá de Henares: Instituto Franklin – UAH, 5: 8 (2013): 189-191. Print.

sus amigos, sus colegas de trabajo, su esposa; y lo que más le costaba aceptar: sus hijos pequeños. Su bebé de meses y su hija de apenas dos años. ¿Cómo criaturas tan pequeñas e inocentes podían estar desarrollando un papel? ¿Eran conscientes de ello? ¿Había complicidad detrás de sus lúcidas sonrisas, de sus travesuras, de sus miradas angelicales? ¿Lo sabían?

Lo que sí presentía él es que, cuando dormía, todo desaparecía, terminaba por unas horas. “Game Over”. De igual manera, cuando despertaba, todo volvía a su ser, y a aparecer como lo había dejado la noche anterior. Sí, las cosas *aparecían* de nuevo. Incluso despierto, cuando el foco de su mirada estaba concentrado hacia un punto específico hacia delante, los objetos de detrás probablemente quedaban inmersos en un halo de grisácea nada. Igualmente, si su ángulo de visión se dirigía a la izquierda, la derecha quedaba reducida a una neblina seguramente temerosa.

Una noche, tuvo una pesadilla tan real que le hizo elucubrar más sobre estas locuras. En su sueño, su esposa amamantaba a su bebé como todas las madrugadas. Luchaba por no quedar dormida con su hijito en brazos, no fuera que se le fuera a caer o fuera a asfixiarlo con la dejadez de la gravedad de su seno. Cuando el niño finalizó su ávida tarea y cayó en un dulce sueño, con gran esmero, ella fue a dejarlo en su pequeña cuna. Cuál fue su sorpresa cuando descubrió que, en su diminuto lecho, el bebé ya estaba allí... Miró lo que sujetaban sus brazos, miró la cuna, y la criaturita estaba en los dos lados... Una fría sensación de pavor y estremecimiento sacudió todas sus vértebras, una a una, lenta y angustiosamente. Por algún motivo, el desasosiego que le provocó esa pesadilla le hizo cavilar más en sus disparatadas reflexiones.

“Hace unos instantes que acabo de conocer a Antoine, un amigo de un amigo. Mientras estrechaba su mano, especie de extensión de sus ojos y de una sonrisa complaciente de recién conocido, me preguntaba a mí mismo: “¿También él? ¿También incluso él, claro, ha sido colocado ahí delante de mí, como parte de esta función teatral?” Mientras Antoine pedía otro café al camarero de detrás de la barra, mis ojos se deslizaron hacia la televisión encendida en un rincón del mugriento local. Era la hora de las noticias. Muertos por todos lados: guerras, inundaciones, hambrunas, epidemias... ¿Toda una invención mediática colosal para que mi diminuta existencia sea más creíble? ¿Toda una serie de circunstancias concatenadas para que la realidad se sienta como más... real? ¿Todo un montaje? Ustedes que me leen... ¿son también parte de esta farsa, de la que probablemente son conscientes, pero no quieren decírmelo? Siento aguarles la fiesta, pero lo sospecho... ¿O... es que ya sabían que sabía?”

Los extravagantes pensamientos de Jeromme discurrían atropelladamente mientras saboreaba su café con leche a pequeños sorbos en la barra de aquel bar donde

acababa de conocer a Antoine. Le torturaban y perseguían. Seguía el juego del absurdo de la existencia, diariamente, pero, frecuentemente, quedaba interrumpido por el asalto de sus inconexas reflexiones. De repente, le embistió un deseo incontrolable de dejar aquel lugar, de salir al aire fresco de la calle, de huir. Mientras balbucía unas palabras incomprensibles de excusa a Antoine —quedando éste con cara de sorpresa mezclada con un principio súbito de aburrimiento y frustración—, se dio cuenta de que ya había puesto un pie en la calle. Se sumergió en la riada de almas que invadían la avenida a esas tempranas horas de la noche. Unos obreros trabajaban frenéticamente bajo una luz cegadora de lámparas portátiles que iluminaban el estrepitoso escenario de unas tuberías reventadas. Decidió llamar a su padre, el cual, pensaba —si era, igualmente, un mero componente más de este absurdo montaje existencial del que, poco a poco, se convencía más y más—, quizás alguien o algo colocaría al otro lado del teléfono para existir durante la breve conversación con su hijo y desaparecer, sin más, de la existencia al terminar. Hablaron de la inminente visita de su hermano al día siguiente y los planes para ese fin de semana los tres. Tras la conversación, se metió en el metro, bajo tierra, en una dimensión que siempre se le antojaba tan irreal. Cuando viajaba en él, le daba la impresión de que la única realidad, de tiempo y lugar, que existía en el mundo en ese preciso instante era esa: él, en ese vagón, con los pasajeros que le rodeaban. Nada más. Nada por encima o alrededor del oscuro túnel que parecía tragarse ávidamente a él y a los otros pasajeros. La vida, reflexionaba, era eso, lo que veía, oía, olía, sentía, pensaba o decía en un determinado momento en un determinado lugar, lo demás siendo una farsa mental, cósmica o existencial; no sabía cómo bautizarlo.

Al día siguiente de estas abstracciones, Jeromme se despertó sobrecogido en la cama de un aséptico hospital; la cabeza vendada profusamente. Su padre, esta vez sentado a los pies de la cama, le miró con unos ojos cansados y casi, parecía, incoloros. Le dijo tímidamente antes de que su dolorido cráneo le hiciera perder la conciencia de nuevo: “No te preocupes. Ya lo saben. Lo sospechaban desde hacía tiempo”.